

JUNTA PROTECTORA DE LAS CUEVAS DE ALTAMIRA

Las Cuevas de Altamira

y la

Villa de Santillana del Mar

(SANTANDER)



TERCERA EDICIÓN

GUÍA DEL TURISTA

MADRID

1 9 3 4

5E

LAS CUEVAS DE ALTAMIRA

LA VILLA DE SANTILLANA DEL MAR

LAS CUEVAS DE ALTAMIRA

y

LA VILLA DE SANTILLANA DEL MAR

MADRID

1911

JUNTA PROTECTORA DE LAS CUEVAS DE ALTAMIRA

LAS CUEVAS DE ALTAMIRA

Y

LA VILLA DE SANTILLANA DEL MAR

(SANTANDER)

GUÍA DEL TURISTA

TERCERA EDICIÓN

MADRID

1 9 3 4

ARMATIA DE CUEVAS DE ALTAMIRA

ARMATIA DE CUEVAS DE ALTAMIRA

LA VILLA DE SANTILLO DEL MAR

ARMATIA DE CUEVAS DE ALTAMIRA

ES PROPIEDAD

ARMATIA DE CUEVAS DE ALTAMIRA

ARMATIA DE CUEVAS DE ALTAMIRA

ARMATIA DE CUEVAS DE ALTAMIRA

ARMATIA DE CUEVAS DE ALTAMIRA

Talleres ESPASA-CALPE, S. A. - Rfos Rosas, 24. - MADRID

LAS CUEVAS DE ALTAMIRA

Las dos cuevas de Altamira, situadas a 30 kilómetros al oeste de Santander y a 7 kilómetros al noroeste de la estación de Torrelavega (línea de Santander a Oviedo), se hallan en el término municipal de Santillana del Mar, entre Torrelavega y Comillas, provincia de Santander. Ambas cuevas están enclavadas en una alta zona caliza que se eleva a unos 2,5 kilómetros al sudoeste de Santillana, villa que fué en un tiempo capital de las Asturias Orientales, y a cuyos interesantísimos monumentos está dedicada la segunda parte de esta Guía (pág. 33).

El itinerario de Santander a Santillana, ilustrado con un mapa, puede verse en la pág. 49.

I

LA CUEVA PRINCIPAL CON PINTURAS PREHISTORICAS

*La cueva en los tiempos
prehistóricos.*

Como todas las grutas que se abren en los terrenos constituídos por la roca caliza, la cueva de Altamira es una obra de la Naturaleza, para la cual emplea ésta, como herramientas, las aguas de lluvia que se filtran año tras año, siglo tras siglo. Estas aguas penetran lentamente por las resquebrajaduras y alcanzan las capas más profundas; disuelven la caliza de las rocas, modificando su constitución química y física, y en virtud de este lento proceso de disolución, se abren, poco a poco, camino en los bancos de caliza, aumentando las grietas y formando cavidades. Por este procedimiento se originan las cuevas, que acaban por tener una salida al exte-

rior, y desde este momento pueden servir de refugio a los animales y aun al hombre mismo. Así, las cuevas fueron las primeras viviendas de la Humanidad.

El hombre primitivo visitó ya la comarca en los tiempos remotísimos del llamado "Paleolítico inferior", como lo muestra una considerable cantidad de utensilios de piedra encontrados en los últimos años en la orilla diluvial que cubre buena parte de la superficie de la roca alrededor de la cueva. Estos utensilios, que pueden verse en la Casa-Museo construída junto a la cueva misma, están tallados principalmente en cuarcita dura, y entre ellos figuran hachas toscas, talladas, por lo general, tan sólo en su cara superior, con base redondeada y corte transversal. Estos utensilios, que en su tiempo se usaron probablemente sujetándolos a mazos de madera, aparecen en otros yacimientos de la región asociados a los restos del elefante antiguo y del rinoceronte de Merck, lo que demuestra que en el norte de España había un clima cálido, de tipo africano.

Cuando el hombre prehistórico penetró por vez primera en la caverna misma, las condiciones de la vida de nuestros remotísimos antepasados eran muy distintas de las actuales. Toda Europa se hallaba entonces bajo la influencia de un período de grandes fríos (la última "glaciación cuaternaria" de los geólogos). El norte de nues-

tro continente estaba sepultado bajo un potentísimo manto de hielo, y de los Alpes y los Pirineos descendían gigantescos glaciares que impedían completamente el paso a través de aquellas cordilleras. Al mismo tiempo, de los elevados riscos de la Cordillera Cantábrica, como los Picos de Europa y Picos de Cornión, descendían también ríos de hielo imponentes, valles abajo, por las faldas de aquellas montañas; por lo cual los "cántabros" ocupaban sólo la pequeña faja costera, único territorio que podía ofrecerles condiciones relativamente favorables de hospitalidad.

Completaba este paisaje, con veranos breves y fríos y con inviernos muy prolongados, la presencia de ciertos mamíferos que habían sido empujados a esas latitudes por los hielos nórdicos a que antes se ha hecho referencia: el mamut (elefante lanudo de tres metros y medio de altura), el rinoceronte lanudo y el reno groenlandico. Los bosques, principalmente constituídos por pinos y hayas, daban alimento y albergue al ciervo común, al ciervo gigante, al gamo y también al jabalí, a la marmota, a la cabra montés y a la gamuza. En las praderas, que interrumpían las manchas de vegetación forestal, pacían grandes manadas de caballos salvajes, de toros salvajes y de bisontes muy semejantes a los pocos que aun subsisten en Norteamérica. Tras ellos, en acecho, acudían el león de las ca-

vernas, el oso y la hiena, cavernícolas también, y merodeaban, además, el lobo y el lince.

El hombre de aquellos tiempos —tan distantes, que se calculan en unos veinte mil años anteriores a Jesucristo— desconocía tanto la agricultura como el arte de domesticar los animales. Ignoraba también el aprovechamiento de los metales y carecía de toda habilidad para pulimentar la piedra. Sus armas y utensilios de este material eran fabricados a golpes, dados con otra piedra; para otros usos, manufacturaba con extraordinaria habilidad utensilios, aprovechando en gran escala los huesos y las astas de los animales.

El hombre prehistórico se dedicaba a la caza; no tenía residencia fija, sino que su vida era la del inquieto nómada, permaneciendo ya aquí, ya allá, según lo que la misma Naturaleza le ofrecía; mucho tiempo, si la caza abundaba, o poco, si escaseaba o disminuía, para reanudar la marcha errante y vagabunda en pos de las reses.

Al tiempo que a lo largo de la costa cantábrica se efectuaban estas grandes correrías cinegéticas, el hombre prehistórico debió hallar casualmente la *Cueva de Altamira*, y a ella acudiría luego en busca de refugio o de descanso en repetidas ocasiones, apropiándose el vestíbulo, inmediato a la entrada. En el antro tenebroso se instalaría la pequeña horda, huyendo de la lluvia y del frío, y prendería fuego a las ramas

amontonadas, para calentarse, para asar la carne y condimentar los vegetales y también para defenderse de las fieras durante la noche.

En aquel vestíbulo se fabricaban los utensilios, tallados principalmente en sílex (pedernal) y en cuarcita. Entre el cieno, depositados en gruesas capas, se descubren cuchillos, hojas y otros utensilios análogos, todos admirablemente adecuados para despojar los animales muertos de sus pieles y para descuartizarlos. Sus largos pelos o sus tendones utilizábanse para trabajos de costura. Sorprende extraordinariamente la destreza con que el hombre daba a las cuarcitas elegante forma puntiaguda para armar con ellas flechas o azagayas.

Numerosos son los utensilios hechos de hueso o de asta de ciervo. Para construirlos se separaba primero una esquirla tosca, la cual se labraba y pulimentaba después con hojas de sílex, con el fin de darle la forma adecuada de punta, punzón, espátula, etc. Las finas y delgadas agujas de hueso, de aquella era lejana, recuerdan, por su perfección, las agujas metálicas de nuestros días.

No hay duda de que el hombre prehistórico trabajaba también la madera. Como muestras de sus adornos han llegado hasta nosotros dientes y conchas perforadas y pequeños discos de hueso o de piedra con rayas decorativas. Es muy verosímil la suposición de que fueran amuletos.

La frecuencia con que aparecen materias colorantes, especialmente ocre, permite suponer que aquellos hombres prehistóricos se pintarrajaban la cara o el cuerpo.

De todos estos materiales se ha hallado profusión de ejemplares en el vestíbulo de la cueva que se conservan actualmente en la Casa-Museo de Altamira (1). Proceden de las capas arcillosas del suelo, en las cuales estaban en abigarrada mezcla con cenizas, carbón vegetal, trozos de piedras y huesos de animales, quemados o rotos.

Estos últimos pertenecen, en su mayor parte, al bisonte, al ciervo común y al caballo salvaje, y demuestran que éstos eran los animales preferidos por el hombre primitivo en sus correrías cinegéticas. Como medio más sencillo para apoderarse de los bisontes y caballos, se utilizaría el de los fosos-trampas hechos en el paso habitual de estos animales, y disimulados por medio de

(1) Haremos notar a los especialistas que el yacimiento de Altamira corresponde a dos períodos. El nivel profundo es del *solutrense superior*, con puntas en forma de hoja de laurel, de base cóncava, y con puntas en muesca que frecuentemente presentan un breve pedúnculo lateral. La capa superior pertenece al *magdaleniense antiguo*, con numerosos huesos trabajados, algunos "bastones de mando" (probablemente bastones "mágicos") y omoplatos con grabados de animales, principalmente de ciervas.

ramaje y hierba. Provechosos resultados daría también el ojeo, obligando a los animales a ir a valles estrechos o a precipicios, donde serían muertos a flechazos o por otros medios más o menos crueles. Muy afín a esta caza sería la persecución violenta: un grupo de cazadores acosaba sin descanso a los animales codiciados, especialmente los jóvenes, las hembras preñadas o las reses heridas, hacia territorios desfavorables, sin darles lugar a comer ni a descansar, hasta hacerlos sucumbir por agotamiento.

Complemento importante de la alimentación carnívora era la que suministraban los vegetales, como bayas y otros frutos silvestres, semillas y setas. Los habitantes de Altamira efectuaban frecuentes salidas a la costa, que dista sólo seis kilómetros, de la que trajeron grandes cantidades de moluscos, sobre todo lapas; así lo revela la abundancia asombrosa de conchas encontradas en la cueva. Tampoco escasean las vértebras de peces, especialmente de salmones y truchas.

Pero lo más interesante de todo es que aquellos trogloditas tuvieron sentimientos artísticos. Muchos de los utensilios de que antes se hizo mención están adornados con dibujos de una gran variedad: líneas en zigzag, triángulos o estrías dispuestas con cierta simetría. Más curiosos son un cierto número de omoplatos de ciervo. En ellos aparecen grabadas, con buriles:

de pedernal, las siluetas de animales, ciervas sobre todo, representadas con maravillosa fidelidad. A veces constituyen verdaderas creaciones artísticas, y no nos puede sorprender el que aquellos hombres se lanzasen a acometer empresas de más altos vuelos. Nos referimos a las pinturas con que el hombre fósil exornó el interior de la cueva, las cuales constituyen el motivo de la celebridad sin par de Altamira en el mundo entero; de ellas hablaremos muy pronto.

El período frío, del que hemos dicho algunas palabras anteriormente, no había terminado todavía, ni comenzado aún en la actual edad geológica, cuando sobrevino una catástrofe en la caverna de Altamira. Hundióse todo el techo de la primera mitad del vestíbulo, llenando de cantos y escombros la primitiva vivienda de los trogloditas, con lo cual quedó obstruída la entrada. Así continuaron las cosas por espacio de miles de años, y la cueva de Altamira permaneció herméticamente cerrada al conocimiento humano, hasta hace unos cincuenta, en que nuevamente hubo de ser descubierta. A aquella feliz circunstancia se debe el que yacimiento y pinturas hayan llegado hasta nosotros en un estado de conservación verdaderamente excepcionales.



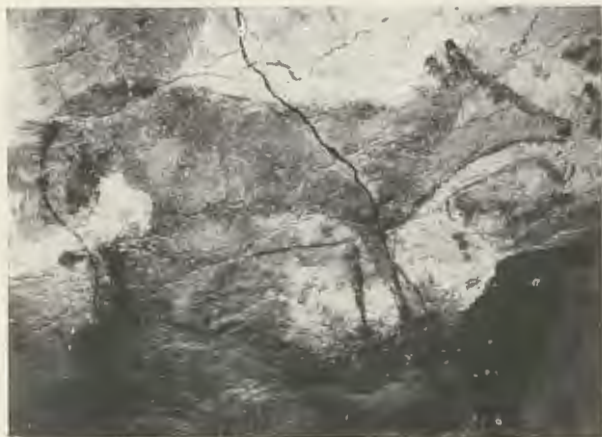
Entrada de la cueva de Altamira y obelisco
erigido en honor de Sautuola



Don Marcelino S. de Sautuola
(1831-1888)



**Cueva de Altamira: Vista parcial
de la «Sala de las Pinturas»**



Cueva de Altamira: Pintura de cierva
(Fotografía directa del profesor H. Obermaier)

*El nuevo descubrimiento
de la gruta en 1868.*

En el año 1868, un cazador descubrió la entrada que, a causa del hundimiento, había permanecido siglos y siglos ignorada. Su perro se perdió en persecución de una pequeña alimaña, entre los huecos de las rocas; para libertarlo hubo que romper varios cantos caídos, y así resultó de nuevo utilizable el antiguo acceso.

El interior del vestíbulo estaba, empero, materialmente lleno de escombros, por lo que fueron poquísimas las personas que por rara casualidad —lluvia o frío— hubieron de guarecerse en él. En el año 1875, D. Marcelino S. de Sautuola (1831-1888), exploró por vez primera la cueva, conocida entonces por “cueva de Juan Mortero”, denominación que pronto fué reemplazada por la de “cueva de Altamira”, por el nombre de la finca donde se halla, y que no puede ser más apropiado y feliz, pues desde aquellos lugares se ofrece al visitante un hermoso panorama. Por el sur se yergue, majestuosa, la Cordillera Cantábrica; al oeste álzase los dentellados Picos de Europa, en los cuales la nieve refulge casi todo el año; al norte se extiende el Océano, con su oscura tonalidad azul, y al nordeste se divisán las lejanas colinas onduladas de los alrededores de Santander.

Sautuola, uno de los primeros que abrieron camino en los fastos de la Prehistoria en España, repitió sus exploraciones. En una de las visitas a la cueva, en el año 1879, la hija de Sautuola, que acompañaba frecuentemente a su padre, penetró con una bujía en la sala profunda que se abre detrás del vestíbulo, y allí vió las incomparables pinturas policromas que representan, principalmente, bisontes. Sautuola hizo cargo en seguida del gran valor y de la antigüedad extraordinaria de aquellas figuras, como lo prueba su memoria, fechada en el año 1880, *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*; pero tenemos que consignar la duda y la desconfianza de que se vió rodeado, al pronto, este inesperado descubrimiento. Un cierto número de sabios españoles y franceses no vieron en él otra cosa que la obra moderna de sencillos pastores, sin pensar que las representaciones pictóricas de Altamira son una verdadera maravilla del arte y que entre ellas hay sobre todo figuras de bisontes, animales desaparecidos por completo de España desde hace muchísimos siglos, que sólo pudieron ser pintados en la época en que vivieron en estas latitudes, o sea nada menos que durante la última época glaciár.

No faltaron, sin embargo, en España personas que defendiesen la tesis de Sautuola; la más significada fué D. Juan Vilanova y Piera, ca-

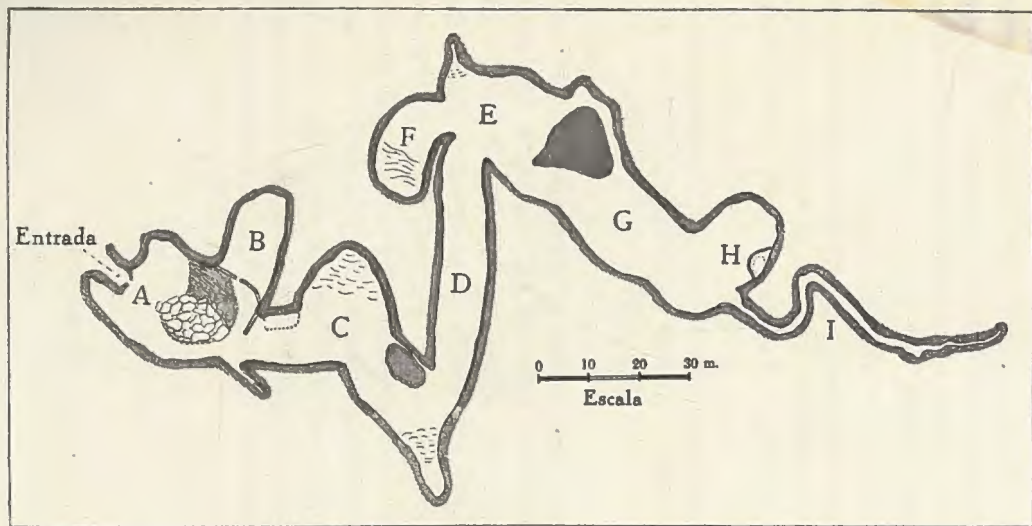
tadrático de la Universidad de Madrid; pero ambos murieron antes de que sus ideas se abriesen camino. Hoy, ante la entrada de la cueva, un sencillo obelisco perpetúa la gloriosa memoria del descubrimiento e identificación que del arte rupestre de la más remota Humanidad llevó a cabo D. Marcelino S. de Sautuola. Este monumento fué erigido el año 1921 por el Ateneo de Santander.

Hacia el final del siglo XIX se descubrieron en el mediodía de Francia un cierto número de cavernas, con pinturas o grabados en sus paredes, tales como la Grotte de la Mouthe (1895), Pair-non-Pair (1897), Les Combarelles (1901), Font de Gaume (1901). También consistían esas manifestaciones pictóricas en representaciones de animales desaparecidos en tiempos milenarios, por lo cual ya no podía caber duda acerca de la autenticidad. El descubrimiento de Sautuola quedó rehabilitado por completo, y en ninguna de las 66 cuevas con pinturas, conocidas hasta la fecha en el sur de Francia y en el norte de España, brillan con tanta magnificencia como en la de Altamira la belleza y la plasticidad del arte rupestre. Esta última fué estudiada en 1902 por Emilio Cartailhac y Enrique Breuil, los cuales copiaron cuidadosamente las pinturas, y en 1906 apareció, bajo los auspicios del príncipe de Mónaco, la hermosa

obra, hoy agotada, titulada *La Caverne d'Altamira à Santillane, près Santander (Espagne)*.

Desde entonces data la celebridad de la cueva, al mismo tiempo que va en aumento el número de los visitantes, al cual los extranjeros dan un notable contingente. Todo ello implicaba deberes que cumplir. Era necesario facilitar el acceso a la cueva y dar a los turistas, a los artistas y a los hombres de ciencia toda suerte de comodidades para la contemplación y estudio de las pinturas; pero más urgente todavía era atender a la seguridad y conservación de éstas. Según hemos podido averiguar por el testimonio de ancianos del país, pocos años antes del descubrimiento de la gruta se abrió, precisamente encima de su techo, una cantera en la que se trabajaba con barrenos de pólvora, de los que aun quedan señales; y a consecuencia de este método de extracción de la piedra se produjeron numerosas grietas, por las que el agua se fué infiltrando desde entonces, con grave peligro para las pinturas y aun para la cueva misma, cuya ruina en el año 1925 parecía inminente.

El duque de Alba acudió, generosamente y sin pérdida de tiempo, en auxilio. Bajo su presidencia se constituyó la *Junta Protectora de la Cueva de Altamira*, que adquirió el terreno en que se halla situada la caverna e hizo construir inmediatamente, en el interior del vestíbulo, un gran muro de sostén para asegurar la estabili-



Plano de la cueva de Altamira

dad del techo, que fué, además, consolidado cubriéndolo exteriormente con una capa de cemento y dando inyecciones de este material en las grietas de la roca. El año pasado (1933) se construyó más adentro (galería *D* del plano adjunto) otro muro de sostén. Gracias a estos trabajos, ya no se perderá para España, ni para el resto del mundo civilizado, un monumento que es único en su clase.

Por iniciativa también de la misma Junta, el profesor H. Obermaier ha llevado a cabo el estudio sistemático del yacimiento del vestíbulo; se ha construido, en 1928, una carretera para automóviles, desde Santillana del Mar a la cueva; se han mejorado los caminos interiores de ésta y se ha practicado un camino circular profundo en la *Sala de las pinturas*; las lámparas de acetileno, peligrosas por todos conceptos, han quedado substituídas por reflectores eléctricos, y junto a la entrada de la cueva se ha construido una casa que sirve de vivienda de un guarda permanente y que alberga, además, un pequeño Museo, sumamente instructivo.

La visita a la cueva.

Penetremos ahora, acompañados por el guía, en el interior de la caverna, cuya entrada está orientada hacia el nordeste y cuya longitud es,

aproximadamente, de unos 270 metros. Primero tenemos que atravesar el vestíbulo (A, del plano), el cual constituyó la vivienda del hombre prehistórico y aparece hoy cerrado en gran parte por un potente muro, con objeto de sostener la agrietada techumbre.

Al cabo de breves momentos nos hallamos ante una pared, en la cual se abre una puerta que da paso a la porción más importante de la cueva, la *Sala de las pinturas* (B, del plano). Es de forma próximamente rectangular; sus dimensiones son: 18 metros de largo por 8 a 9 de ancho y muy poca elevación. Mientras que en la entrada la altura es de unos 2 metros, hacia el centro no alcanza más que 1,70 metros y al final sólo tiene 1,10 metros. Así se explica el hecho de que los artistas prehistóricos hicieran del techo de la caverna el lugar preferente de sus creaciones pictóricas, por la facilidad con que a ellas se prestaba. Recientemente se ha abierto un camino circular, con el fin de que el turista pueda cómodamente visitar la sala y contemplar aquellas obras desde puntos de vista más favorables.

Apréciase desde luego, al penetrar en la sala, que la mayor parte de las manifestaciones artísticas consisten en pinturas. Como sustancias colorantes empleáronse el carbón vegetal para los tonos oscuros, y el ocre que dió los matices amarillo, rojo, pardo rojizo y terroso. Estas ma-

terias eran, en general, trituradas y preparadas en forma líquida, utilizando probablemente como vehículo la grasa animal. Con ayuda de pinceles u otros utensilios análogos, trazaron los artistas prehistóricos las líneas y manchas de color en el techo de la cueva, y así se constituyó una especie de "pintura al óleo", la cual quedó adherida fuertemente a la superficie de la roca y; fosilizándose hasta cierto punto, se conservó admirablemente. En algunas ocasiones se recurrió incluso al empleo de trozos de ocre, de punta fina, a modo de lápices. Se observa que, en varios sitios, la superficie ha sido preparada por medio de un lavado o raspado, parcial y discreto, para obtener una mayor perfección en los contornos y una suave gradación en las pinturas. Hemos de manifestar, además, que muchas de las figuras están grabadas parcialmente; a menudo los contornos de los cuerpos de los animales, así como los detalles más acusados de los mismos, como ojos, cuernos, orejas, hocico, patas y cascos, han sido antes diseñados en la piedra, finamente unas veces y con energía otras, para lo cual se utilizarían buriles de sílex, obteniéndose de esta suerte un apunte o boceto previo de la representación pictórica que iba a ser realizada.

La manera de obtener el colorido presenta diversas variantes: las figuras simplemente lineares y las de tintas planas completamente unifor-

mes, así como los modelados con matices de un mismo color, son algo más antiguos; el punto culminante lo representan las pinturas policromas, que son las más recientes, y en las que triunfan lo pictórico y lo plástico.

También ocurre en Altamira el que grabados o pinturas están superpuestos en abigarrada confusión; lo cual da lugar a que los dibujos más antiguos, sobre todo, sean a menudo difíciles de reconocer o estén incluso parcialmente borrados; esto aparte de los deterioros que en el transcurso de los tiempos han sufrido las pinturas policromas a consecuencia de las infiltraciones y, en los últimos cuarenta años, de la inconsciente imprudencia de los visitantes cuando la cueva no estaba suficientemente vigilada.

El animal representado con más frecuencia es el bisonte, que aparece echado, desperezándose o en pie. También vemos el caballo salvaje, una cierva y dos jabalíes. Todos ellos muestran una perfección exquisita, que revela el extraordinario sentido estético de sus autores. Es un arte naturalista y sensorial que representa los animales tal como son y que ha llegado a su madurez, pues nos ofrece resueltos dos grandes problemas artísticos: el del espacio y el del movimiento.

Las pinturas más importantes de la *Sala* se encuentran distribuídas por la mitad izquierda

de aquel recinto (conforme se mira desde la entrada). Como las que hay a mano derecha tienen un interés menor, el visitante puede prescindir de ellas; además están bastante mal conservadas.

En el techo se notan varias prominencias naturales que, si se observan detenidamente, se ve que han sido repetidas veces aprovechadas por los artistas trogloditas para realizar sus obras maestras. No cabe duda que el hombre prehistórico, al regresar de la caza y reposar en esta sala con los ojos fijos en el techo, alumbrado con antorchas, teas o lámparas alimentadas con grasa, vería aquellas protuberancias, que le recordarían las formas de bisontes. Fácilmente debió ocurrírsele completar las formas añadiéndoles cuernos, patas y colas y realizar su relieve con tintas policromas. De estos juegos artísticos de la fantasía nacieron figuras bellísimas. Como los salientes de la roca recuerdan cuerpos en reposo, los animales pintados están en actitud de descanso, con las extremidades pegadas al cuerpo y la cabeza junto al suelo.

Merecen consignarse, sobre todo, tres bisontes en relieve, agrupados en el techo al comienzo del camino circular, de 1,45, 1,40 y 1,50 metros de longitud, respectivamente.

También en el techo, a la izquierda, siguiendo a lo largo de la pared, son dignas de notarse especialmente las pinturas siguientes:

Un jabalí en actitud de carrera (1,60 metros), bastante borrado.

Un bisonte sin cabeza (1,20 metros).

Un bisonte en pie (1,50 metros). La región de la espalda tiene gran plasticidad gracias a un abultamiento natural de la roca, aprovechado por el artista.

Un bisonte en actitud de desperezarse (1,90 metros), también pintado aprovechando las formas de la roca del techo.

Un bisonte echado, en posición de descanso (1,60 metros). Es una de las más hermosas pinturas de Altamira. La cabeza aparece dirigida hacia atrás; nótese igualmente el primor con que están trazados, en rojo claro, los contornos de los cuernos, orejas, ojos y hocico, todo ello con cierta plasticidad, como también los muslos.

Un caballo salvaje, de fina cabeza (1,60 metros). La porción inferior del cuerpo hasta los pies está borrada. Dentro de la superficie correspondiente a éste, aparece dibujado, en rojo claro, el contorno de una cierva o de un potro, algo más antiguo.

Un jabalí (1,45 metros), debajo del cual se encuentra otra representación más antigua de la misma especie, cuyas patas todavía pueden distinguirse.

Una cierva (2,20 metros), de bella factura. Bajo la cabeza del animal se encuentra la imagen de un pequeño bisonte en negro.

Más hacia la parte central del techo de la *Sala*, junto al camino circular, encuéntranse todavía un cierto número de figuras de bisontes. Hemos de hacer unas observaciones acerca de dos de ellas:

Un bisonte en pie (1,60 metros) aparece con la cabeza extraordinariamente expresiva.

Algo después está otro bisonte, de 1,50 metros de largo. Su cuerpo, pardo rojizo, está en parte cubierto por una mancha negra, intensa; la cabeza, pintada de negro en su mayor parte, presenta un aspecto casi "demoníaco".

Con esto termina nuestra visita a la *Sala de las pinturas*, a la cual se ha aplicado, con tanto acierto, el calificativo de "Capilla Sixtina" del arte prehistórico. En todo el mundo pocos serán los lugares que puedan dejar en la mente del visitante un recuerdo tan duradero, una impresión tan profunda. Desde el techo de la cueva, esas pinturas, cuya antigüedad asciende a quince o veinte mil años, debidas a la fantasía y a la mano de aquellos extraños trogloditas, parecen mirarnos asombradas con tanto estupor como el que sobrecoge al visitante cuando, al contemplarlas, observa que la perfección artística era cosa ya lograda en aquellos remotos tiempos, y advierte, al compararlos con los actuales de civilización y progreso, que sólo lo material de la vida es lo que ha experimentado modificación. Ante la maravillosa obra pictórica de

Altamira nos sentimos subyugados por el sentido estético y naturalismo de aquellos primitivos que suponíamos en un estado de plena barbarie.

La visita de la caverna puede completarse atravesando pintorescas galerías y salas, en las cuales aparecen sólo algunos grabados o pinturas del hombre prehistórico.

Volviendo al final del vestíbulo *A*, se pasa a la gran sala *C*, en la cual aparece un pequeño recinto lleno de figuras rojas escaleriformes. Sin ningún género de duda, tenían una significación mágica; pero nada más podemos aventurar sobre este punto.

Siguiendo por el largo corredor *D*, que contiene algunos grabados y pinturas negras de bisontes, penétrase en la majestuosa sala *E*. Presenta un techo plano, de unos 18 metros de ancho; todo un problema de equilibrio arquitectónico resuelto por la Naturaleza. A mano izquierda, se desciende a la sala *F*, en cuyo muro derecho se destaca claramente la pintura de un bisonte negro.

De la espaciosa sala *E* sale la galería *G*, por la cual comunica con la sala *H*, en la que termina nuestra excursión por el interior de la caverna, toda vez que el pasillo *I* carece de interés para el turista, aparte las grandes dificultades que presenta la marcha por él.



Cueva de Altamira: Pintura de bisonte
 (Fotografía directa del profesor H. Obermaier)



Cueva de Altamira: Pintura de bisonte
 (Según copia del profesor H. Breuil)



Altamira: Cueva descubierta en 1928
(Detalle del interior)



Altamira: Casa-Museo

II

LA SEGUNDA CUEVA, DESCUBIERTA EN 1928

Con objeto de unir cómodamente Altamira con Santillana del Mar, se construyó en el verano de 1928 una carretera para automóviles. Para obtener la piedra necesaria, se abrió una cantera, a unos 100 metros de la entrada de la cueva famosa por sus pinturas, y esto llevó casualmente al descubrimiento de una nueva gruta, notable por la belleza y admirable integridad de sus numerosas estalactitas.

La nueva gruta está constituida por una vastísima sala de unos 80 metros de largo y de variada anchura, nunca mayor de 20 metros. El techo, que es horizontal, está agrietado; pero la Naturaleza misma reparó estos desperfectos, tapando las hendiduras con calcita azulada, que pende de aquél formando innumerables tubi-

tos y finas agujas. El suelo, a su vez, está cubierto de estalagmitas, bien a modo de protuberancias o de esbeltas columnas, bien formando grupos como fantásticas ruinas de castillos medievales.

Ofrece esta cueva un aspecto maravilloso. Como tenues hilos de cristal, reflejan la luz las estalactitas y la descomponen en todos los matices del iris. En otros sitios las paredes son de blancura inmaculada, y del techo cuelgan las estalactitas como bambalinas de teatro. En la parte más interna —la más hermosa de la gruta— hay un bosque de estalagmitas columnares, negruzcas unas, amarillas y blancas otras, que crecen buscando a las delgadas estalactitas que penden del techo y que lentísimamente van a su encuentro.

Todo este maravilloso palacio subterráneo ha sido producido, en el transcurso de los siglos, por las gotas de agua. Las filtraciones, merced a llevar en disolución anhídrido carbónico, corroen la caliza; el agua que se escurre de las estalactitas lleva bicarbonato cálcico, y al evaporarse deposita caliza de extraordinaria blancura y pureza.

A unos 20 metros de la entrada se descubrió un esqueleto. El cráneo estaba en posición invertida, como si el individuo a que perteneció hubiera muerto boca abajo. Se trata de un ser humano de época indeterminable, pero segura-

mente prehistórica, que se hallaba en la cueva cuando ocurrió el hundimiento que cegó la entrada. Este esqueleto se encuentra ahora expuesto en la Casa-Museo de Altamira.

HUGO OBERMAIER

Catedrático de la Universidad de Madrid

BIBLIOGRAFIA SOBRE LA CUEVA
DE ALTAMIRA

- E. CARTAILHAC ET H. BREUIL: *La Caverne d'Altamira à Santillane près Santander (Espagne)*.—Mónaco, 1906; 1 vol. de 28 × 36 cm., 287 págs., 37 láminas. (Agotado.)
- H. OBERMAIER: *El hombre fósil*.—Segunda edición. Madrid, 1925; 1 vol. de 20 × 28 cm., 457 págs. con 180 figuras en el texto y 26 láminas, varias en color. (Precio: 25 pesetas.)
- H. OBERMAIER: *El hombre prehistórico y los orígenes de la Humanidad*.—Madrid, 1932; 1 vol. de 260 páginas con 27 figuras en el texto y 18 láminas. (Precio: 15 pesetas.)

SANTILLANA DEL MAR

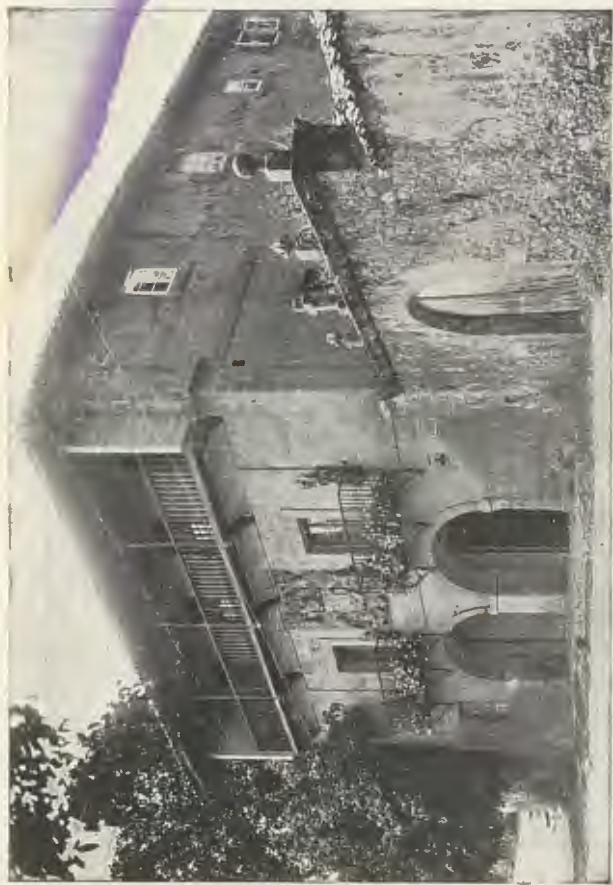
Muchas son las poblaciones españolas que por los gloriosos vestigios que aun guardan (recuerdos de una grandeza caduca), por los monumentos insignes que las ilustran o por el castizo pergeño con que se presentan, merecen constituirse en centros de peregrinación para los devotos de la tradición y del arte patrios; pero pocas pueden ofrecer en más reducido espacio mayor caudal de emociones artísticas que la villa de *Santillana del Mar*.

Su nombre eufónico y romancesco, que tan perfectamente se acuerda con el carácter ancestral de sus calles, evoca en la memoria de toda persona medianamente letrada el recuerdo de dos figuras de alta significación literaria, hija de la fantasía la una y criatura real la otra: el famoso pícaro que con sus andanzas difundió por todo el mundo el nombre de la villa, y el ilustre prócer, valiente soldado y exquisito poeta, que fué gala de la corte de Don Juan II.

No necesitaba, sin embargo, Santillana gloriarse con ser la imaginaria patria de Gil Blas,

ni haber dado nombre al marquesado del autor de las *Serranillas* para vivir en la vida del arte y para figurar en las páginas de la Historia, pues para una y otra consagración tiene títulos sobrados, que puede revisar el que registre sus archivos y el que contemple sus piedras seculares.

De remotos y oscuros orígenes, como tantas otras villas ilustres, sábase únicamente que en lugar próximo al que hoy ocupa existía en tiempos muy antiguos otra que llevaba el nombre de *Planes*, en cuyas proximidades y en época indeterminada se fundó un monasterio en honor de Santa Juliana, mártir de Nicomedia. Pretenden algunos autores que la traslación del cuerpo de Santa Juliana desde Italia hasta la villa de Planes tuvo lugar en el siglo VI, al ser invadida la península italiana por los longobardos, y que en aquella época debió de ser fundado el monasterio. Lo cierto es que en el siglo X todavía prevalecía el nombre antiguo de la villa, y el de Santa Juliana se aplicaba únicamente a la fundación religiosa. Pero habiendo crecido considerablemente la importancia del monasterio y habiéndose congregado en torno a él la población seglar, aplicóse a la villa (a partir del siglo XI) el nombre corrompido de la Santa (Santa Juliana, Sancta Illana, Santillana), como ya se venía aplicando a toda la región oeste de la provincia, que era y siguió



Casa de los Tagles

Foto Cevallos (Santander)



Ayuntamiento

Foto Pacheco

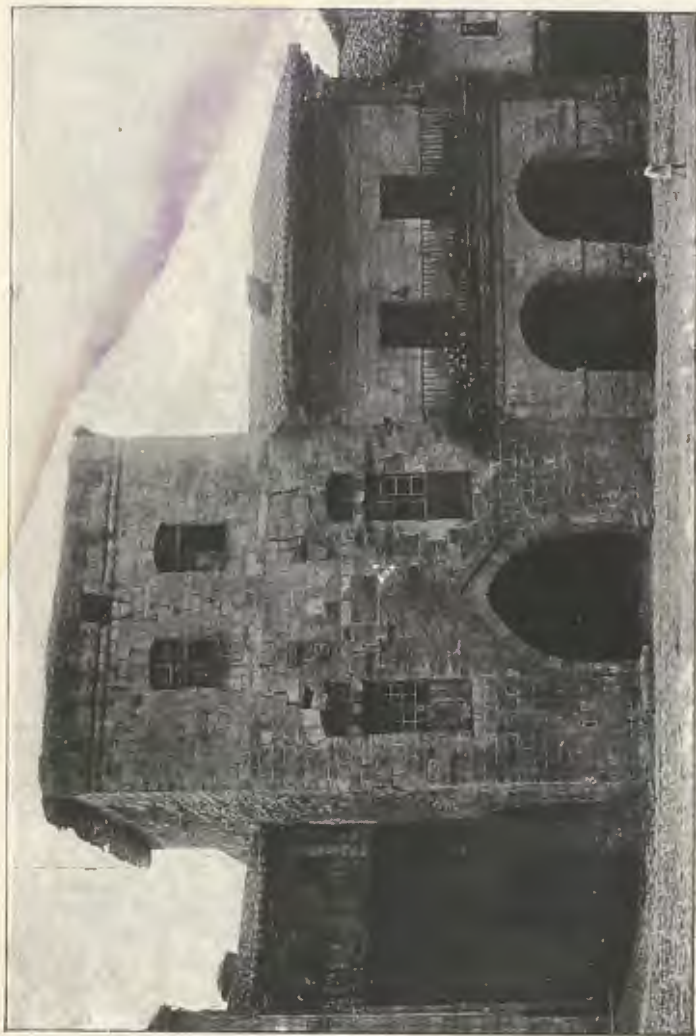
siendo por mucho tiempo conocida con la denominación de Asturias de Santillana.

Famoso fué el monasterio benedictino de la antigua villa de Planes, grandes sus rentas y notables los privilegios con que le favorecieron los condes y reyes de Castilla; privilegios que culminaron en el año 1209, en que Alfonso VIII, al dar el fuero a la villa, la entregó al señorío del abad y cabildo del que fué monasterio y ya entonces era colegiata secular. No gozaron por muchos años los abades de su dominio en pacífica y efectiva posesión, pues habiendo recibido de manos del rey de Castilla, en el siglo XIV, la poderosa casa de la Vega el señorío de gran número de valles de las Asturias de Santillana consideróse con derechos sobre la villa, promovió querellas y dió lugar a que corriera en abundancia la sangre de los banderizos por las calles de Santillana. Finalmente, Don Juan II asestó el golpe de gracia al debatido señorío del abad, otorgando el título de marqués de Santillana a D. Íñigo López de Mendoza, quien, con sus dotes extraordinarias, le elevó al rango de los más ilustres y famosos. Acudió el excelso poeta a tomar posesión de su marquesado, y aunque tuvo que luchar con la tozuda resistencia de los montañeses, "ommes valientes, esforzados e muy cursados en las peleas a pie, que segund la disposicion de aquellas montañas se requiere facer", como dice Fernando del Pulgar, logró, al

fin, hacerse reconocer por señor en el famoso campo de Revolgo, no sin haberse visto muchas veces “en grandes trabajos e peligros de la guerra continua que con ellos tovo”.

En medio de este ambiente de continua hostilidad se desarrolló la villa en los siglos medios y fué adquiriendo ese aspecto torvo, ceñudo y desconfiado que aun hoy perdura en los edificios que de aquellos tiempos se conservan; en esas *torronas* que todavía alzan sus muros renegridos y mohosos, haciendo revivir en la imaginación los días en que, según frase de Menéndez Pelayo, “se lidió de torre a torre y de casa a casa... y apenas se conoció otra justicia que la que cada cual se administraba por su propia mano”.

Pero a los revueltos tiempos medievales sucedieron otros más apacibles y prósperos para la región cántabra. Sosegados los ánimos, pudieron los pecheros arrinconar las picas y los arcabuces para empuñar la esteva y el dalle; los hidalgos, más ricos en pergaminos que en heredades, gozaron pacíficamente de sus menguadas rentas; los frailes y canónigos, que no veían turbadas sus preces por el estrépito de las armas y los *apellidos* de los combatientes, entonaron plácidamente sus cantos gregorianos, sin olvidarse de cobrar con toda puntualidad los diezmos y tributos ni de acrecentar cuanto podían sus haciendas; los segundones hallaron



Casa de los Borjas

Foto Cevallos (Santander)



• Torre del Merino

Foto Cevallos (Santander)

en la Nueva España y en el Perú ancho campo donde perseguir, sin trabas enojosas, a la fortuna... Los viejos solares se restauran; álzanse nuevas mansiones señoriles, donde podrá faltar la necesaria holgura y la más elemental comodidad, pero nunca el ostentoso blasón de piedra con sus tenantes, sus ninfas, su yelmo, su profuso airón y su arrogante mote.

Las casas de esta época (siglos XVI, XVII y XVIII) son las que con mayor abundancia se encuentran en Santillana y las que principalmente imprimen su fisonomía característica a la villa; con ellas se entremezclan las de siglos anteriores, formando un conjunto de singular fuerza emotiva.

Encuentra, pues, el viajero que recorre las calles de Santillana, en breve espacio, todo un compendio de la arquitectura civil regional en sus diversas épocas, desde el siglo XIII hasta el XVIII, de tal modo que pudiera ponerse a la entrada de la villa un cartel que dijera de este modo: "Museo de Arquitectura montañesa".

Dispongámonos ya a recorrer sus calles silenciosas, donde la vida palpita aún con el ritmo lento de los tiempos pasados.

Situémonos en el histórico *campo de Revolgo*, cuyos retorcidos árboles tan felizmente armonizan con las vetustas construcciones vecinas. A la izquierda, y como apartada del tráfico urbano, veremos la *casa de los Tagles*, noble y

típica construcción del siglo XVIII, con su portal de doble arco, sus balcones de hierro, su espléndido escudo y su solana en el segundo piso, según una disposición poco frecuente, aunque no única.

Siguiendo la carretera, en dirección de la villa, dejaremos a la izquierda insignificantes construcciones modernas y a la derecha el convento de *Regina Coeli*, fundado por Alonso Velarde en los últimos años del siglo XVI.

Penetrando por la única calle que en esta dirección se encuentra, se nos ofrecerá en primer lugar a la vista la señorial mansión de los marqueses de Casa Mena, severa construcción del siglo XVIII, de elegantes líneas, deslucidas en parte por la falta del alero, que en otros tiempos le pondría adecudo remate. Contigua al palacio, una pequeña construcción de sillería, con su arco apuntado en planta baja y sus ventanas adinteladas en el único piso, nos muestra un modelo de la casa montañesa en el siglo XV.

Frontera a ella se encuentra una construcción de análoga época y parecida traza que el palacio, en cuyo escudo el águila traspasada por una flecha indica que aquella casa perteneció a la hidalga familia de los Villas.

Pocos pasos más allá la calle se bifurca; sigamos la vía de la izquierda, que lleva el nombre de *Juan Infante*. En su corto recorrido encontraremos varias casas interesantes, de las



Calle de las Lindas

Foto Fuertes (Santander)



Casa del Marqués de Santillana

Foto Cevallos (Santander)

cua
ma
ten
de
oci

pl
pe
po
L
g
éj
q
la
a

7
1
s
1
v

cuales merecerá nuestra especial atención la llamada *del Aguila*, situada a la izquierda, que ostenta un primoroso escudo en su fachada, y a la derecha, la antigua casa de los Barredas, hoy ocupada por el "Parador de Gil Blas".

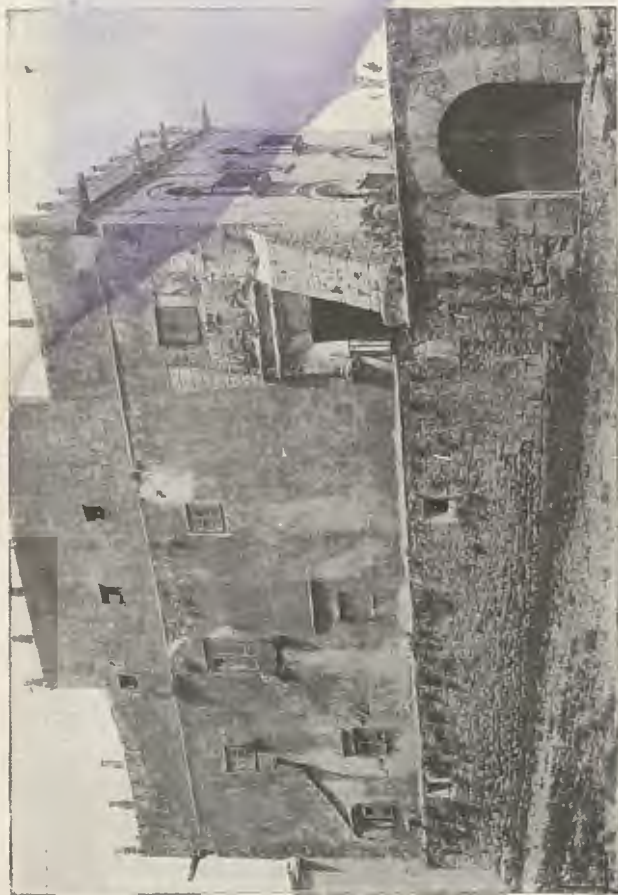
Con esto nos encontramos en la admirable plaza, donde el interés que en el viajero despertó la villa desde los primeros pasos que dió por sus calles se acrecienta considerablemente. Las edificaciones que cierran el perímetro irregular de la plaza pertenecen a muy distintas épocas; pero tienen la suficiente antigüedad para que, vistas en la lejanía del tiempo, se atenúen las diferencias y se establezca entre ellas una aparente unidad.

A la izquierda se encuentra la *Casa-Ayuntamiento*, construída en aquel severo estilo herreiano que imperó en la Montaña durante los siglos XVII y XVIII; junto a ella, varias viejas y pintorescas construcciones. Enfrente de la calle de Juan Infante, la *torre de los Borjas*, interesantísima construcción del siglo XV, donde se acusa el tránsito del vivir belicoso de la Edad Media al más pacífico de los tiempos modernos. Un gran arco apuntado sirve de ingreso al soportal, con accesos laterales que, por un lado, establecen la comunicación con la calle, y, por el otro, con el soportal de la casa contigua; en el primer piso, tres huecos de arco rebajado, tapiado el del medio y rasgados los laterales en

época posterior a la construcción; en el segundo, otros dos intactos. Cornisa de escaso vuelo y gárgolas en forma de cañones completan el aspecto exterior de esta torre. Agregada a ella, por la parte de atrás, hay otra construcción, algo posterior, que presenta como particularidad curiosa uno de los pocos patios interiores que existen en la arquitectura regional.

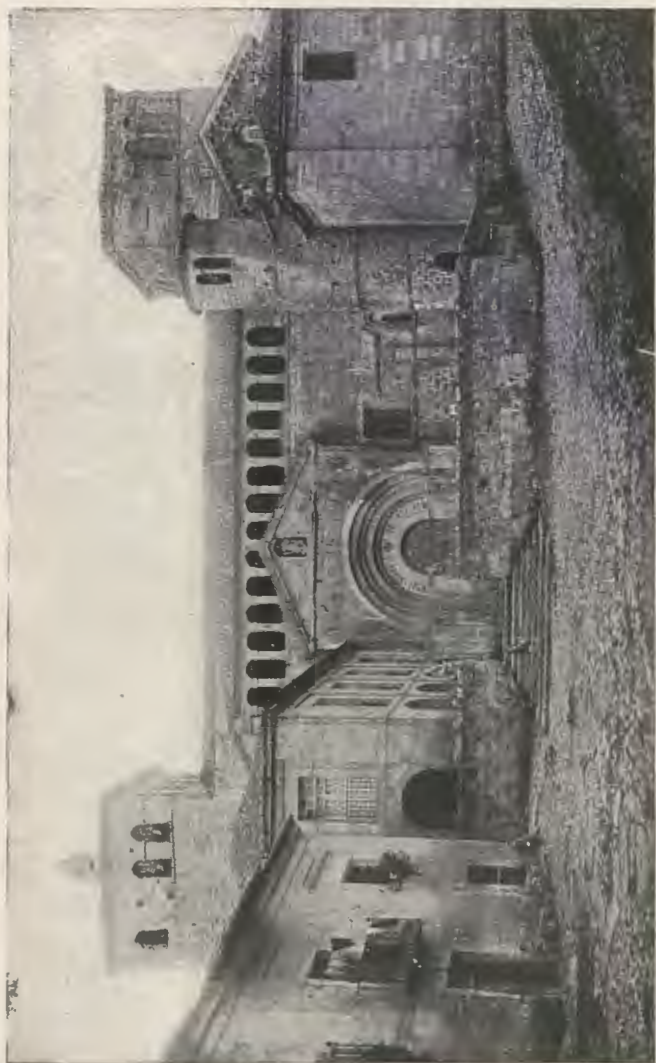
A la derecha alza su mole adusta la *torre del Merino*, la más venerable construcción civil de Santillana. Lóbrega y triste, con su aspecto militar, ofrece un testimonio de lo que sería la vida de los hidalgos montañeses en el siglo XIII, época a la cual se remonta su edificación. Las largas dovelas de su arco apuntado han sido cortadas modernamente para dar mayor amplitud al ingreso. En el primer piso, la doble ventana de arco apuntado, con poyo interior, constituiría primitivamente el único vano por donde los moradores de la *torrona* podían asomarse al exterior en los lapsos de tiempo tranquilos. Un hueco de mayor amplitud, situado en el segundo piso, servía para salir al cadalso que, en caso de alarma, se armaba a aquella altura, a cuyo fin estaba el muro provisto de los necesarios garfios de piedra donde se apoyaban las carre-ras. Coronaba la torre un adarve corrido, defendido por almenas, hoy macizadas.

Torciendo la ruta a la derecha, por la angosta calle de *Las Lindas*, veremos una ampliación



Casa de los Velardes

Foto Cevallos (Santander)



Fachada de la Colegiata

Foto Cevallos (Santander)

de la torrona, cuyas ventanas gemelas, de arco apuntado y matacanes volados, de marcadísimo sabor gótico, permiten fijar en el siglo XIV la época de su construcción.

Pasamos con esto a la calle del *Cantón*; entre la doble hilera de casas que la constituyen, se destaca por su elegante sencillez la *del marqués de Santillana*: arco apuntado en la planta baja; cuatro ventanas adinteladas y recuadradas por gótica moldura, con escudos intermedios y alero de gran voladizo, son los elementos que integran esta fachada del siglo XV, parecida en su composición a otras contemporáneas suyas que se encuentran en distintos lugares de la Montaña. Rejas, hierros y carpinterías de confección moderna, pero en los cuales se han imitado modelos antiguos, completan el interesante conjunto.

Poco más allá se encuentra la casa llamada *de los Hombrones*, a la que dan nombre los notables tenantes de su magnífico escudo.

La *casa de Cossío*, que se alza algo más abajo, también luce gran escudo, cobijado bajo amplísimo alero.

Aquí la calle se ensancha, y la hermosa perspectiva que ofrece se cierra al fondo con la fachada principal de la *Colegiata*, bella, armoniosa y de clara estirpe románica, a pesar de las mutilaciones que ha sufrido y de los varios e

incongruentes aditamentos con que los siglos han dejado marcado en ella su paso.

A la izquierda, y antes de llegar a la escalinata de ingreso, se encuentra la antigua casa de los abades, donde los elementos góticos, manifestos en algunas de sus ventanas; se mezclan con otros más modernos...

Puerta de múltiples arcos de medio punto, de los cuales, por efecto de alguna irrespetuosa reparación, ha desaparecido la decoración escultórica propia del estilo, restos de esculturas toscas y mal encajadas en el muro; frontón de gusto neoclásico y graciosa arquería de época relativamente moderna; torrecilla románica de planta circular con ventana de arcos gemelos; maciza torre cuadrada en los pies del templo, y otra de doble cuerpo sobre el crucero, aligerada en parte con ventanas y arcaturas: tales son los elementos principales que se destacan en esta fachada de la histórica iglesia.

Dando la vuelta a la sacristía, de estilo herreiriano, que se adosa a la nave transversal, nos hallaremos ante el ábside, de líneas puras, realzadas por el vigoroso claroscuro de los arcos que voltean sobre sus ventanas.

Antes de penetrar en el templo dediquemos unos minutos a contemplar la vecina *casa de los Velardes*, importante construcción del siglo XVI, con sus hastiales escalonados, tan típicos de la arquitectura montañesa de aquella centu-



Ábside de la Colegiata

Foto Cevallos (Santander)



Claustro de la Colegiata

Foto Cevallos (Santander)

ria; sus pináculos, sus gárgolas, sus cubos en los ángulos, su portal de doble arco, sus balcones de medio punto y, como elemento extraño al arte regional, la guarnición plateresca de uno de sus huecos.

Penetremos luego en la *Iglesia Parroquial*, antigua *Colegiata* y, en tiempos más remotos, famosa abadía benedictina.

La fundación monástica se remonta, según opinión del P. Flórez, al siglo VI, aunque sólo se tienen noticias documentales de ella a partir del IX. No data de tiempos tan antiguos la iglesia que hoy se ofrece a nuestra contemplación, ni creemos que se encuentren en ella vestigios de construcción anteriores al siglo XII.

Pertenece, pues, la actual iglesia al estilo románico; a ese románico montañés, rudo y vigoroso, que tan hondamente arraigó en nuestro suelo. Consta de tres naves con crucero, tres ábsides semicirculares y una torre cuadrada a los pies.

La planta de los pilares es cruciforme, con columnas adosadas en los cuatro frentes de la cruz, pero no en los ángulos; por donde se infiere que en sus orígenes no tuvo bóvedas de arista.

De las primitivas bóvedas hoy sólo se conservan los cuartos de esfera de los ábsides, los cañones de la nave transversal y la cúpula con nervios que se alza sobre el crucero; el resto

de las naves ostenta bóvedas góticas de cruce-ría. Las columnas tienen basas sencillas sobre alto basamento y hermosos capiteles historiados.

En el centro de la iglesia está el sepulcro de Santa Juliana con la efigie de la santa, toscamente labrada en piedra; pero la reliquia no se guarda en él, pues el célebre obispo de Burgos D. Alonso de Cartagena la hizo trasladar al presbiterio en 1453.

En el altar mayor (cuyo rico frontal de plata es una buena pieza de orfebrería barroca) hay un hermoso retablo gótico de fines del siglo XV, con excelentes pinturas. En el zócalo del mismo, cuatro figuras en relieve representan a los evangelistas con un realismo ingenuo y familiar.

Detrás del frontal se conserva un curioso relieve románico con las figuras de cuatro santos, que quizá formara parte de algún antiguo retablo.

A los pies de la nave lateral izquierda hay una buena imagen del siglo XVII en talla policroma, que representa a Cristo crucificado.

El claustro, situado al lado norte de la iglesia, es un bellissimo ejemplar de su estilo. Sobre un basamento corrido se alzan las columnas pareadas con capiteles grandes, variadísimos y de alto valor artístico, donde se hallan reproducidos gran parte de los asuntos predilectos del gusto románico: escenas religiosas, lances de caza, motivos derivados de la flora, de la fauna

fantástica o formados simplemente por filamentos entretejidos en múltiples y complicadas combinaciones...

Todos ellos testimonian la suprema habilidad técnica y la exuberante fantasía de aquellos canteros medievales que, con sus extrañas invenciones, han dejado planteados tantos problemas de interpretación. Contentémonos nosotros con admirar su belleza y dejemos que las personas aficionadas a ver en las cosas oscuras una intención simbólica se afanen en descifrar sus misterios y en traducir sus enigmas al lenguaje vulgar.

ELÍAS ORTIZ DE LA TORRE,
Arquitecto

ITINERARIO Y VISITA DE LAS CUEVAS

Para ir desde Santander a Santillana del Mar debe seguir el *automovilista* la excelente carretera de Oviedo, que en una hora de cómodo viaje conduce a Santillana, después de pasar por Puente Arce y Barreda (30 kilómetros). Algunos kilómetros más tiene el otro itinerario, por Torrelavega y Puente de San Miguel (véase el mapa adjunto).

Muy ventajoso resulta utilizar los *automóviles públicos* que, durante una gran parte del año, efectúan servicio diario entre Santander y Santillana.

Todavía puede el turista utilizar otro medio de locomoción: el *ferrocarril*. Lo mejor, en este caso, es salir en el primer tren (línea de Santander a Oviedo; Ferrocarriles del Cantábrico) para Torrelavega, adonde se llega hacia las nueve de la mañana; allí espera el automóvil de línea que cubre el trayecto de Torrelavega a Comi-

llas, que hacia las diez pasa por Santillana del Mar, donde se apeará el turista.

Las *cuevas de Altamira* están situadas al sudoeste de Santillana, a tres kilómetros de esta población, sobre una suave loma de unos 80 metros de elevación. El guía, que habla el francés, vive junto a las cuevas, en la Casa-Museo, donde se expenden los billetes de entrada.

La duración de la visita es alrededor de una hora.



Mapa itinerario

INDICE

	<u>Páginas</u>
LAS CUEVAS DE ALTAMIRA.....	5
I.—La cueva principal con pinturas pre- históricas.....	9
<i>La cueva en los tiempos prehistóricos.</i>	9
<i>El nuevo descubrimiento de la gruta</i> <i>en 1868.....</i>	17
<i>La visita a la cueva.....</i>	21
II.—La segunda cueva, descubierta en 1928.	29
Bibliografía.....	32
SANTILLANA DEL MAR.....	33
ITINERARIO Y VISITA DE LAS CUEVAS.....	49

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A.
Ríos Rosas, 24.—MADRID

Precio: 2 pesetas